

0 viernes 11 febrero 1915

**BISUTERÍA FINA.** Se han recibido las últimas novedades de París. Gran variedad en imperdibles. Rambla Estudios, 10,

\* Para **Sevilla**, con escalas en **Valencia, Málaga y Cádiz**, saldrá el domingo, 13 del corriente, á las diez de la mañana, admitiendo carga y pasajeros, el vapor «Nuevo Estremadura», capitán D. Francisco Jaen.

Consignatario D. Santos Palomo, Paseo Isabel II, núm. 3, bajos.

\* Para **Valencia, Alicante, Cartagena, Almería, Málaga, Cádiz, Sevilla, Huelva, Vigo, Carril, Villagarcía, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao**.—Saldrá de este puerto el domingo, 13 del corriente, á las doce de la mañana, el vapor español «La Giralda», capitán D. J. Nuchera, admitiendo carga y pasajeros.—Consignatarios señores Busanya y C.ª. Plaza Medinaceli, 1, bajos.

*Oliva* **UN SERMON DEL OBISPO DE VICH.**

La sociedad actual está fuera de centro y sufre porque no ora. Tal fué el tema del sermón predicado por S. E. Ilma. el Obispo de Vich, Dr. Morgades, en la inauguración del Congreso católico de Tarragona; sermón que ahora hemos visto impreso y leído con detención. Lo hemos leído con detención porque su punto de arranque, su tema inicial que acabamos de citar, nos ha interesado muy vivamente, no solo por lo escelso de su contenido y por la múltiple alteza de quien lo trata, sino también porque su actualidad se halla hoy, por decirlo así, en estado agudo.

Claro es que asuntos tan profundamente humanos, tienen siempre actualidad; pero ahora que en medio de la creciente irreligiosidad del siglo aparecen como algunas señales de una nueva vocación religiosa en las generaciones que van llegando á la madurez, vocación vaga todavía y de no definidas direcciones, pero vocación religiosa al fin, había de atraernos forzosamente el sermón del Prelado de Vich que nos hablaba de la oración, y nos hablaba de ella con sentido y tendencias sociales.

El Dr. Morgades nos muestra la oración como el acto de unión indispensable para llegar al grado de unidad que es posible entre Dios y el hombre. Unidad impropia mente dicha, pero que es sublime compenetración de lo sensible con lo supra sensible, último y lejanísimo horizonte de la inteligencia humana, según nos la muestra el Prelado, arrancándola ya desde el misterio divino y la creación del hombre, con frases y con citas que no podemos profanar trasportándolas á un artículo de periódico, pero que son inefable deleite del pensamiento.

Hace ver luego cómo esta unidad del hombre con Dios implica la íntima unión entre todos los hombres, pues sintiéndose éstos unos con Dios, se sienten naturalmente unos entre sí; de manera que amar á Dios no es cosa sustancialmente distinta de amar al prójimo, y por esto en esos dos amores, que son uno solo, se encierra todo el precepto divino.

Pero quebrantada la unidad por el pecado original, vino Jesucristo al mundo para restablecerla y á este fin instituyó la Iglesia, símbolo de unión entre los hombres y de éstos con Dios. Y á afirmar esta misión aunadora de la Iglesia concurren actos tales como el Congreso inaugurado con el sermón del eminente Prelado; quien al llegar á este punto desarrolla la idea de la asociación aplicada á semejantes fines y traza el objeto de los Congresos católicos que relacionan lo espiritual con lo temporal y hacen fecundas en éste, en la conducta del individuo, en la familia, en el Estado, en las relaciones entre las clases sociales, la palabra divina y la misión de la Iglesia. Insiste en la mayor necesidad actual de los Congresos católicos, porque las sociedades presentes, que no oran, han perdido la noción de su fin, de su unidad con Dios, de la unión mutua, y andan desorientadas, extraviadas en una cierta inconsciencia, de la que solo puede sacarles la Iglesia por la acción de cuantos medios tenga á su alcance.

Y aquí predica el Dr. Morgades lo que, si la palabra no se hubiera rebajado y desacreditado con el abuso, llamaríamos oportunismo militante. Reconoce cuán poco valen las instituciones, libertades y sistemas políticos modernos, pero cree que debe acudir irremisiblemente á ellos y aprovecharlos para la obra

redentora. «Cortes, imprenta, diarios, revistas, elecciones, asociaciones—dice—deben ser nuestro campo, con las debidas restricciones y la direccion de quien debe dirigirnos, para ver si segun la fórmula de nuestro inmortal Balmes ahogamos el mal con la abundancia del bien»; y cita en apoyo de tal corriente de ideas párrafos de algunas Encíclicas de Su Santidad el Papa Leon XIII.

«Debe tenerse presente—dice antes—que la sociedad no puede cambiar de repente á nuestro antojo: las sociedades tienen vida señalada como los hombres, con la sola diferencia que es mas larga: deben, pues, dirigirse como los hombres, mas no violentarse. Las sociedades pueden compararse á cierta clase de vetustos y seculares árboles, que vemos en los bosques, que esperan para retoñar el que la accion del tiempo acabe con ellos, á menos que un huracan ó el rayo precipite su total ruina: la mano inteligente del labrador, abonándolos, podándolos y cultivándolos con esmero no puede hacer sino conseguir que den mas fruto, propiamente no darles mas vida. Seamos nosotros para la sociedad ese hábil jardinero, y si tanto es el poder de nuestra oracion y de nuestra actividad, la fuerza del rayo que haga salir de una sociedad decrepita otra lozana y vigorosa: de una sociedad semi-pagana, una sociedad enteramente cristiana».

Por el brevísimo extracto que acabamos de hacer habrán comprendido ya nuestros lectores que en este sermon hay dos partes perfectamente deslindadas (aunque con íntimo enlace y consecuencia); que palpitan en él dos almas, por decirlo así; y que por consiguiente hay tambien dualidad de estilos. Hay la parte, el alma, el estilo que podríamos llamar de las cosas divinas: la oracion, la unidad de Dios con el mundo, la mística union entre los hombres; y hay despues la parte temporal, ó sea la mision social de la Iglesia, la union realizada por la asociacion en actos como los Congresos católicos y por cuantos medios temporales sean asequibles.

Dado que el sermon inauguraba uno de aquellos Congresos; dado el cargo pastoral del predicador y hasta tal vez su vocacion individual; y dada finalmente la circunstancia mas especial todavía de las actuales disensiones políticas entre los católicos españoles, se explica muy bien que aquella segunda parte, la terrena, sea la dominante en el sermon, cuya tendencia total y resumida invocacion parece ser la de: «Juntémonos, unamos nuestros esfuerzos en la vida exterior, para ver si logramos restablecer el imperio de la Iglesia en las sociedades enfermas y volvemos con ello á la fe de nuestros antepasados y á la compenetracion del hombre con Dios: á ver si las sociedades vuelven á orar.» Lo cual es decir: «¡A la unidad, por la union!»

Pero á nosotros—y tal vez sea una impresion puramente particular—lo que nos ha penetrado mas hondo ha sido la primera parte, la unidad, ahora como perturbada y buscando nuevo centro, del hombre con Dios. ¿Cuándo, dónde encontrarán las frias sociedades el rayo de luz que las abraza otra vez en místico fuego? ¿dónde la oracion que las comunique nuevamente con Dios, y que haciéndolas unas con El, las haga involuntariamente, irresistiblemente unas entre sí, dándoles nueva conciencia de su fin comun? La primera parte del sermon del Dr. Morgades, por la alteza de su pensamiento, por la magia de su estilo, por la magnífica seleccion de los textos en ella aducidos, ha avivado en nosotros esta grande y hermosa preocupacion, y la ha avivado con tanta fuerza, que á su lado han palidecido los intereses temporales objeto de la segunda, y objeto naturalmente principalísimo de un Congreso como el que aquel sermon inauguraba. De tal manera que cada vez que en esta segunda parte hemos encontrado de relieve este pensamiento que corre por toda ella: «¡A la unidad, por la union!», háse levantado en nosotros la impresion de la primera, como voz que imperiosa y exclusiva reclamaba: «¡A la union, por la unidad!»

Y entonces nos parecía que todo lo que no fuese esto, lo que no fuese obra de dentro á fuera, obra de gracia, habia de quedar en exterioridades y mecanismos y resultados superficiales.

Que esta idea no era del todo pura aprension nuestra nos lo daba á entender el mismo sabio predicador. Tambien él demostraba tener en mucho mas, atribuir solo eficacia radical y absoluta, á los grandes y misteriosos cambios de las almas: «Seamos nosotros para la sociedad ese hábil jardinero, y si tanto es el poder de nuestra oracion y de nuestra actividad, la fuerza del rayo que haga de repente salir de una sociedad decrepita otra lozana y vigorosa.»

Solo que, lo repetimos, predicaba en un Congreso católico y la nota dominante del sermón había de ser adecuada á la obra por la que allí se iba á trabajar: obra de hombres, obra de concurso de voluntades, obra relativamente de superficie y de detalle, obra *de jardinero* (para usar de su misma alegoría) que á pesar de lo implacable de las fuerzas naturales, no se puede resignar á cruzarse de brazos y á mirar impasible cómo los elementos obran por sí solos. Mientras que del *rayo* destructor y creador al mismo tiempo, en un instante, no era ocasión de hablar allí mas que como preámbulo ó incidencia; porque estos rayos no se forjan donde se habla ó se discute, sino que vienen de las mudas regiones del misterio.

Así lo comprendió sin duda el sabio Obispo, y por esto en su hermosísimo sermón no insistió sobre este punto; pero tampoco quiso dejarlo por ignorado ó por insignificante, aun dentro del medio en que hablaba, y como cabeza y complemento de su discurso, nos lo dejó vislumbrar, respondiendo así á las ansias ó á los presentimientos de las nuevas generaciones.

J. MARAGALL.

## REVISTA INTERNACIONAL.

Alemania, su Emperador y su gobierno, á pesar de los recelos internacionales suscitados y mantenidos por la guerra de la China y del Japon, concentran en sí, en los momentos actuales, toda la atención y todo el interés de cuantos, por necesidad, por conveniencia ó por afición, estudian con fines diversos las cuestiones extranjeras.

Su crisis cancillerescas, y la causa que se le atribuye; la descortesía de los diputados socialistas con Guillermo II, permaneciendo sentados mientras los demás miembros de la Cámara lo aclamaban en pié respetuosamente; la petición del gobierno solicitando la autorización para procesar á aquéllos, negada por sus compañeros; la suspensión inmediata de las sesiones del Parlamento; y, por último, las recientes y alarmantes palabras del Emperador á sus generales, declarando que la situación de Alemania es hoy semejante á la del año de 1870, con la diferencia de que los enemigos que la amenazan son interiores, son hechos gravísimos y evidentes que justifican de sobra los temores y la espectación general é intensa que han promovido en toda Europa.

¿No anuncian acaso esos precedentes que comienza ya, en el terreno práctico, la guerra entre la sociedad, obligada á defender su existencia, y los innovadores, que pretenden destruirla y reorganizarla? ¿No se estenderá, mas pronto ó mas tarde, á los demás Estados, en donde bullen con mas ó menos fuerza esos elementos de discordia? Y en este supuesto, ¿cuáles podrán ser sus consecuencias, así en las relaciones internacionales como en el régimen político y en la vida íntima de cada pueblo? ¿Podrán subsistir las llamadas conquistas políticas modernas, ó se impondrán inevitablemente dictaduras mas ó menos duraderas, y mas ó menos enérgicas? ¿Implica solo ese suceso una amenaza y una brecha mas ó menos honda y prolongada á las formas, hoy vigentes, de la libertad política y social, ó alcanza á la totalidad de nuestros bienes y medios de existencia, desde nuestra creencia en Dios hasta la posesión y disfrute de nuestra propiedad mas insignificante?

¡A este extremo deplorable nos han traído la torpeza ó imprevision de nuestros reformadores políticos, ignorantes, en su generalidad, de lo que ha sido y será siempre la naturaleza humana, río que se desborda, inundación que todo lo arrasa, cuando sus deseos y su concupiscencia, sin freno que la sujete, llámese patriotismo, religion, virtud, hábito ó miedo, se hallan á la merced de explotadores y de ambiciosos, á quienes sirven de pedestal de engrandecimiento, sobre todo cuando cuentan con leyes que protegen sus manejos, con gobiernos atados de piés y manos para prevenir y castigar sus estragos y con materiales preparados anticipadamente por el sensualismo y por la soberbia, para levantar esa nueva Babel mas desastrosa que la antigua!

Pero como en el mundo de los hombres no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, no es extraño que llegue al fin el día en que los errores